



Allan G. Morales Vargas

allanmoralesvargas@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-2518-4278>

El pueblo de Quirquenía vivía mil años de bonanza, las tierras eran fértiles, los inviernos y veranos nunca fueron extremos, las personas solo morían cuando querían envejecer y todos eran millonarios, pero debían cumplir una sola ley, la cual les impedía salir del pueblo sin autorización del sabio. No obstante, nadie necesitaba viajar más allá de las grandes montañas, salvo que comercializara productos con los pueblos más cercanos.

En temporada de cosecha de maíz, las mazorcas contenían granos de oro, por lo cual era común ver a mujeres de largos vestidos con un canasto para recoger los vegetales y frutos frescos en las colinas desconocidas, ya que los dueños de las cosechas disfrutaban compartir lo que producían sin esperar nada a cambio. Nunca fue bien visto presumir ante su vecino, por el contrario, nadie cenaba sin asegurarse que su colindante tuviera al menos doce porciones distintas de alimentos en la mesa para disfrutar con su familia.

Una noche, el tenaz de Quirquenía salió del pueblo en la madrugada, sin avisar al sabio, tomó los frutos más secos que tenía guardados en su casa para llevarlos como provisiones a lo largo del camino y no pasar hambre hasta llegar al pueblo más cercano donde vendería el maíz que sus vecinos le obsequiaron para consumo familiar. Ese mismo día, por la tarde, el tenaz volvió a Quirquenía con un costal de monedas infectadas con el odio y la avaricia. Cuatro lunas bastaron para que todo el pueblo se llenara de miseria, plagado de egoísmo

Huellas talentosas

El sabio y el tenaz de Quirquenía

entre las personas, se convirtió en un lugar de antipatía y reproche.

Las tierras no volvieron a ser fértiles, los inviernos pasaron a ser áridos y fríos, se pasaba hambre. En verano morían de sed y los que sobrevivían envejecían tan rápido que no podían trabajar más. Las personas robaban frutos para venderlos en el pueblo más cercano por dos o tres monedas de plata, nadie volvió a preocuparse por el vecino y los dueños de las cosechas cercaban sus terrenos con arbustos de espinas. Basta con decir, que en solo veinte lunas ya nadie era millonario.

Un día el sabio se encontró con el tenaz de Quirquenía, este último, tratando de mantener oculto su secreto y para solventar lo ocurrido, le preguntó al sabio sobre la razón de los males que acechaban al pueblo. Ante eso, el sabio respondió:

—Tan secos son los frutos como la tierra es infértil, es obvio, no puede haber buena cosecha si el terreno es estéril como también está infecundado el suelo, porque la semilla es venenosa.

El tenaz sorprendido respondió:

—¿Qué debemos hacer primero arar la tierra o recoger las semillas, que dices, que son venenosas? ¿Qué debemos hacer para no envejecer?

El sabio le contestó:

—Cuando el culpable acepte sus errores y libere hasta la última moneda del costal para que vea la luz del sol, sin pedir nada a cambio, no necesitará de la madrugada para ocultarse ni de frutos secos para alimentarse. Los arbustos no producirán espinas, de la tierra germinará la semilla que dejará de ser venenosa y en otras veinte lunas las personas de Quirquenía compartirán su comida, protegerán a quienes más lo necesiten y no habrá sed... ¿Cuánto más quieres envejecer?